

Idilio en el exilio

COLECCIÓN
LITERADURA

Soma Morgenstern

Idilio en el exilio

Traducción de Ramón Vilardell Jové y Emma Neuberger



Primera edición: septiembre de 2009

Esta obra ha sido negociada por medio de la agencia Transmit

El editor agradece a Christian Martí-Menzel y a Javier M. Llamazares su participación en la edición de este libro

Título original: *Idyll im Exil (Funken im Abgrund II)*

© by Zu Klampen Verlag, Lüneburg 1996, 2009
© de la traducción Ramón Vilardell Jové y Emma Neuberger, 2009
© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2009
c/ Alberto Aguilera, 8 28015 Madrid

www.funambulista.net

ISBN: 978-84-96601-73-4

Dep. Legal: AS-5014-2009

Diseño y maquetación de interiores y cubierta: JMLI

Motivo de la cubierta: © Théo Mey, Photothèque de la ville de Luxembourg

Impresión y producción gráfica: Gráficas Apel

Impreso en España

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Idilio en el exilio

LIBRO PRIMERO

AQUÍ EL CIELO es diferente: esta impresión cruzó de nuevo la mente de Alfred; se la había llevado en su sueño, y con ella se había despertado aquella mañana. El día anterior había dado el primer paseo por Dobropolje en compañía del viejo Jan-
kel. Habían tomado el sendero mullido, limpiamente batido, que rodeaba el huerto de Pesje, que pasaba por delante de la herrería, el taller del carretero, los establos, la cochera, y se empinaba poco a poco dando vueltas, pasando a lo largo de las granjas de trigo y los heniles de los que emanaba frescor, para desembocar luego en los prados y los campos labrados. Cuanto más subían, más se extendía el horizonte. La llanura baja

se desplegaba, inmensa. El río, serpiente tornasolada de verde y plata, se escurría entre los campos y los prados hasta donde alcanzaba la vista. La suave ondulación de las superficies se estiraba en un paisaje que parecía tan inmenso como el mar. Sobre la tierra reposaba la línea plana del horizonte, frontera delicada y transparente, y bajo la claridad del cielo el infinito se escapaba hacia todas las lejanías destructivas, dejando apenas a la criatura un único sonido de su lengua formidable, un sonido inaudito: el silencio.

Aquí el cielo es diferente. Alfred estaba frente a la ventana de su habitación y miraba hacia el pueblo. Divisaba el camino vecinal que pasaba bastante cerca del cuerpo del edificio, cortaba el estanque en dos partes muy desiguales, para luego, con una suave curva, reunir las dos partes del pueblo, separado él también por el estanque. Un extremo del estanque, de este lado, parecía poco profundo y estaba cubierto hasta su centro por un bosque entreverado de grandes cañas pardas. Más allá, veía sucederse las chozas de los campesinos y, por encima del agua, un retazo de cielo todavía gris, de un gris profundo y silencioso. Alfred ya había dejado de oír el gran silencio que en los primeros días resonaba en sus oídos; ahora seguía viéndolo con ojos pasmados. Aquí el cielo es diferente, ni muy alto ni muy lejano: bajo este cielo la armonía de toda cosa puede todavía crecer y alcanzar su plenitud.

Abandonado a serenos pensamientos —como suelen tenerse en el campo sólo los primeros días, y cuando se empieza muy pronto la jornada—, a los pensamientos apacibles del alba, Alfred dejó la ventana lateral para plantarse ante la ventana delantera. Desde allí veía la rampa de acceso, los parterres de flores de Pesje con todos sus colores de final de verano, y de nuevo la carretera, que aquí se estrechaba, modesta, simple dique entre dos estanques, para hacerse a continuación —más arriba en dirección al pueblo— al menos cinco veces más ancha. A la izquierda de la cuesta, podía ver el vergel en bajada hasta la orilla del Gran Estanque. A la derecha, el viejo parque descuidado desde tiempo atrás, del cual Alfred había ya contemplado, desde la ventana lateral, las poderosas sombras proyectadas sobre el Estanque Pequeño. Al pie de la vasta ladera, allí donde acababa el dique, el camino del economato se recortaba contra la carretera y, en suave subida, desembocaba en la amplia Alameda.

La casa de su tío estaba en cierto modo alejada de todo ese esplendor, como pudo constatar Alfred. De hecho, debería estar en algún lugar de ese bello parque abandonado. ¿Y qué hay de ese parque? Desde la primera mañana, Alfred quería hacer esta pregunta, pero se olvidaba siempre de hacerla, de tan aturdido que estaba por todas aquellas novedades. ¿Por qué la casa del tío se encuentra justo en el lugar más alejado? ¿Y a distancia de los bellos estanques?

En la Alameda se veía surgir un caballo, un potente caballo blanco atizado que avanzaba caracoleando entre los varaes de un carruaje de dos ruedas conducido por el viejo Jankel, quien iba sentado solo en el amplio asiento. El animal avanzaba con trote corto. Al lado de la *brisca*, nombre que se daba a este tipo de carruaje, el tío Welwel andaba soltando un torrente de palabras sobre Jankel. Éste, los ojos gachos, la cabeza vuelta hacia el tío Welwel, decía una palabra de vez en cuando. ¿Cómo se explica que mi tío haya ido tan pronto al economato?, se preguntaba Alfred. Si tenía alguna cosa que decirle a Jankel, ¿por qué no haberle esperado aquí? Bien sabe que el viejo tiene que pasarme a buscar para ir a la cosecha de avena...

La discusión entre Welwel y Jankel se apaciguaba a medida que se acercaban. Parecían haberse puesto de acuerdo en lo esencial y tener sólo que examinar aspectos accesorios. Ya no había angustia ni súplica en las miradas de Welwel, y Jankel ya no se inclinaba obstinadamente sobre las riendas como quien presta oídos a un solicitante; y cuando la *brisca* se detuvo en la carretera ante la casa sin tomar la rampa de acceso, la conversación cesó por completo.

—¡Buenos días! —gritó Alfred reclinándose sobre el antepecho de la ventana.

—¡Baja ya! Buenos días... —respondió Jankel.

Alfred cogió su sombrero y sus guantes y corrió hacia la *brisca*.

—Ves —dijo Jankel a Welwel—, no es tan dormilón como pensábamos.

Alfred se ruborizó y lanzó una mirada incómoda hacia Welwel, quien hacía como que no había oído el comentario de Jankel, pero no por ello dejaba de sonrojarse incluso más que Alfred.

—¡Arriba, querido joven! —dijo Jankel con una voz jovial, y como para hacerse perdonar su reflexión, tendió su mano izquierda a Alfred, quien la cogió, puso un pie en el pequeño estribo de hierro y se encaramó al asiento.

—Pesje nos hará llevar el almuerzo. ¡Volveremos tarde! —gritó Jankel al poner en marcha, rauda, la brisca. Alfred tuvo todavía tiempo de ver a su tío volverse enérgicamente mientras se iba y manifestar con un gesto impotente su desaprobación por tan larga ausencia; pero entretanto Jankel ya había chasqueado dos, tres veces por encima del caballo, y se encontraban ya en el pueblo. El carruaje rodaba blandamente sobre el camino entre dos hileras de chozas. Se oyó el tañido de las cinco y media, cruzaron el pueblo sin mediar palabra. Jankel parecía de humor triste, Alfred estaba apenado por su tío Welwel.

—ESTA PARTE DEL PUEBLO es nueva, como puedes ver —dijo Jankel, rompiendo el silencio; pero Alfred veía de sobras que el viejo se forzaba y entablaba la conservación por pura cortesía.

—Ya veo —dijo Alfred, si bien las pequeñas casas no le parecían tan nuevas.

—Es la parte polaca. Antes nuestro pueblo era casi totalmente ucraniano. Con la guerra se hizo venir a campesinos del Oeste de Polonia.

—¿Y quién les dio la tierra? ¿Se tomó una parte de la de los campesinos ucranianos?

—¡Sólo hubiera faltado esto! —exclamó Jankel con repentina animación—. No. Había en el vecindario, a más o menos media milla de Dobropolje, una pequeña propiedad de unas mil quinientas hectáreas perteneciente a dos hermanos de la aristocracia terrateniente polaca. Uno era oficial en la caballería austriaca; no volvió de la guerra; se dice que se quedó en Rusia, pero no se sabe nada con certeza. El otro, el menor, era un gran deportista. La finca, en estado de abandono, se puso a subasta; al no encontrar comprador, fue a parar a manos del Estado, que la parceló y creó sobre las dos mil hectáreas un asentamiento para los campesinos polacos.

—Me gustaría saber por qué razón la llegada de los campesinos polacos ha multiplicado por...

—Bien visto. Sólo quería estar seguro de que estás bien despierto. Las setecientas cincuenta hectáreas de diferencia, fue tu tío quien las puso a disposición del Estado para los colonos.

—¡Caramba!

Jankel posó sobre Alfred una mirada poco alegre y prosiguió:

—Una bonita tierra cultivable de casi setecientas hectáreas... que tu tío ofreció contra mi voluntad, por supuesto. Algunos años después tuve que reconocer que había procedido de forma algo precipitada, quizás, pero muy avispada. Pasado un tiempo, si no hubiera entregado espontáneamente esas

setecientas hectáreas, le hubieran expropiado por vía forzosa, quién sabe, si mil, ¡... o hasta mil setecientas! Tu tío no es tan inocente como parece. Por lo demás, acuérdate bien de esto: los religiosos son rara vez ingenuos. Y cuando lo son, siempre son más ladinos en su ingenuidad que los más taimados de sus adversarios.

—¿Y cómo van las cosas entre los campesinos del terruño y los nuevos colonos? —inquirió Alfred para desviar el curso de la conversación: incluso aquel día en que su tío le parecía tan impenetrable, quería ignorar los guiños de Jankel.

—Como entre perro y gato. Al principio se temió lo peor. Hay que decir que con sus colonos intentaban *polonizar* la zona fronteriza —como ellos dicen— cuya población es casi enteramente ucraniana. Con el tiempo, la situación se ha apaciguado. Pero nunca acabará de ir bien. En definitiva, los polacos son los dueños del Estado... Dicho esto, los colonos polacos hablan ya perfectamente ucraniano.

—¿Cómo es eso posible?

—Es así. Un misterio.

—Quizá porque los otros son mayoría. La mayoría tira para sí...

—Tal vez. Tal vez... —dijo Jankel, pensativo—. Pero no siempre es así. El número no lo es todo. Aquí mismo donde estamos, los colonos no son minoría. Todo esto es curioso, muy curioso. Tendrás tiempo de verlo por ti mismo.

—Quién sabe si lo tendré, ese tiempo... —suspiró el joven.

—¿Qué te pasa, chico? —dijo Jankel con voz inquieta, como si surgiera de repente de las profundidades meditativas a las que le había llevado su relato—. ¿Qué pasa?

—Lo sabe mejor que yo, Jankel.

—¿El qué? ¿Qué es lo que se supone que sé?

—... Que mi tío lamenta ya el haberme traído...

—¿Estás loco o qué?

—Si estuviera realmente loco, no estaría conduciéndome al campo de avena...

—Te digo que estás loco.

—¿Por qué no se me despertó entonces la mañana del sabbat para la plegaria?

—¡Pero si te levantaste demasiado tarde...!

—Habrían podido despertarme.

—Dormiste hasta mediodía, y fue Pesje quien impidió que se te despertara. «Pobre muchacho, después de un viaje así...». Ya conoces a la dulce Pesje, discreta como un ratoncito. Pero en la casa todo se dobla a la voluntad de la señorita Milgrom, ¡pobrecita ella...!

—Me da pena contradecirle, señor Jankel, pero el asunto es demasiado grave. Que Pesje no haya querido despertarme, pase. Pero además estoy seguro de que esto le vino de perlas a mi tío. Estaba tan contento, tan cordial la tarde del viernes...

—Estaba feliz. Feliz de haberte traído.

—Luego fallé en el sabbat, y desde el domingo se diría que me lo han cambiado: ya no es en absoluto mi tío Welwel, sino un extraño tan triste, tan desasosegado...

Jankel calló. Acababan de cruzar el Pueblo Nuevo a trote ligero. Ahora Jankel conducía con brida corta al potente caballo, y al paso cruzaron junto al cementerio y se dirigieron hacia el prado comunal en el Pueblo Viejo. Una vez estuvieron en el pequeño puente de madera, bajo el cual apenas pasaba un reguero de agua y no crecían a la sombra más que unas pocas hierbas descoloridas, Jankel hizo un alto, se volvió hacia Alfred con el ceño fruncido, surcado por innumerables arrugas y, sin mirarle, le dijo:

—No andas totalmente desencaminado con tus sospechas. Tu tío tiene un peso en el corazón. No es que se arrepienta de haberte traído con nosotros. Se arrepiente sólo de haber actuado precipitadamente. ¡Dichoso hombre! Soy yo quien ha actuado, no él. Desgraciadamente esto no cambia nada las cosas.

—¿Pero qué tiene en el corazón contra mí?

—Contra ti, nada. Contra sí mismo. Piensa que ha omitido convenir contigo lo más importante. Es esto lo que le entristece tanto.

—¿Lo más importante...?

—Lo que le parece más importante a tu tío pronto debería dejar de serlo. Esto al menos es lo que a mí me parece. Y ahora me está rompiendo los cascos con eso. Esta mañana,

sabiendo que te llevaría a la siega de la avena, ¡ha venido a verme a las cinco! Bueno, para ser claros: he tenido que ser yo, ¡yo!, quien me encargue de abordar contigo esta cuestión tan importante... Lo voy a hacer. Pero no en seguida. Sabrás tener un poco de paciencia, ¿no? De momento vamos al campo, repartiré las tareas de la siega, y luego podremos hablarlo con calma. ¿A menos de que tú no aguantes hasta entonces?

—Sí, al contrario, Jankel, me siento aliviado de un gran peso.

—Tu tío también, desde que acepté hablarte. En cuanto a mí, mientras no haya resuelto el asunto contigo, son dos los pesos que llevo en el corazón... Pero, hablando con franqueza, no es así. Para mí, hoy es día de siega y no voy a dejarme estropear esta jornada por vuestros problemas de judíos...

—Por lo que a mí respecta, no plantearé dificultades.

—Nada de promesas a la ligera, chico. Pudiera perfectamente ser que lo que se te exija sea muy doloroso —afirmó Jankel con una risa feroz. Una grosera risa de falsete—. ¡So-ooo, Deresch!

—¿Cómo se llama el caballo? —inquirió Alfred con un tono de nuevo jovial.

—Aquí también llamamos a los caballos según su pelaje. ¿Qué nombre le darías tú a éste?

—A mi juicio, es un blanco rodado.

—Eso es. Blanco rodado. Y aquí esto se dice *deresch*.

Deresch, un potente caballo con una crin gris ondulada y patas velludas, marchaba con un buen trote largo. Jankel tocaba apenas las riendas y paseaba su mirada por el Pueblo Viejo, como si todo el mundo estuviera ya en los campos. Sólo algunos viejos y niños muy pequeños, algunos viejos perros medio postrados, el ganado joven y las aves de corral daban vida a los patios de las granjas. Una pequeña ternera, apenas destetada, dejada sola en un reducto hecho de tablones, bramaba descorazonadoramente. En el umbral de una choza encalada de azul Bizancio, una pequeña anciana estaba sentada con un cedazo sobre las rodillas. Un viejo campesino, inclinado sobre un pozo de percha larga, subía un cubo de agua desde las profundidades. Las casas, los establos, las granjas, todo estaba cubierto de bálago, contrariamente a lo que sucedía en el Pueblo Nuevo, en el que había tejados de tablillas y hasta de palastro. Los muros de las casas eran tan pronto verdes como de un azul intenso, con estrellas aquí y allí por el lado de la calle.

—¿No llueve a través de estos tejados? —preguntó Alfred—. Las lluvias son frecuentes y abundantes por aquí, ¿no es así?

—Habrás leído u oído en algún lugar: cubiertas de bálago. Bien, pero mira un pozo: ¿están estas casas cubiertas de bálago?

—Sí, de paja.

—De paja, de bálago, de acuerdo. Pero *¿cubiertas?* No. Están *cosidas* de bálago, querido. El campesino dice: «Voy a coser mi casa». Y es exactamente lo que hace. Está claro que no llueve en el interior. Si gotea por algún sitio es que el tejado ya no está bien. Lo mismo puede ocurrir con las techumbres de tablillas o incluso de tejas, por lo que me han contado.

—¿Cómo es que hay tantas cigüeñas?

—Es que tenemos muchas ranas.

—Claro: las he oído toda la noche.

—*A ty jurku, Skubaj kurku, Taj poschvjaj chatu...* —masculló, canturreó, cantó casi el viejo Jankel, y súbitamente se echó a reír con una risa infantil que le sacudió tanto, y con él a la brisca, que Deresch, asustado, se lanzó al galope.

—Hablabas de los tejados y ello me ha recordado de pronto una tonada que cantaban los campesinos: *Llueve, llueve, Sobre la choza de Yurku, ¡Vamos, Yurku!, Despluma una gallina ¡Y cose bien tu cabaña!* Hace setenta años que conozco esta canción. Pero es la primera vez que me doy cuenta de lo divertida que es. *Despluma una gallina y cose bien tu cabaña...* Seguramente llovería dentro de ella —dijo Jankel volviendo a reírse hasta saltarle las lágrimas. Viendo la cara de pasmo de Alfred, que no sabía muy bien si reírse también él, el viejo indicó con el látigo una casa toda de blanco con tejado de tablillas, y dijo muy serio—: He aquí nuestra escuela, a la que fueron tu padre y tu tío...

Alfred se irguió involuntariamente, con aire solemne, y miró. Pasaban por delante, muy cerca; desde la brisca, por encima del cercado, se podían ver el jardincillo y las aulas vacías.

—Es un jardín con parterres para flores, pero el señor director prefiere, como puedes ver...

—Las coles y los pepinos...

—Coles y pepinos —confirmó Jankel con una profunda inclinación ante tanto saber—. Sí, el señor director Kaminjski prefiere las coles y los pepinos.

Que Welwel se ocupe de la piedad, pensó, que a mí me corresponde el buen humor del muchacho. Si Welwel continúa así, nuestro invitado estará hasta la coronilla de la casa de sus antepasados.

—Ahora deberíamos rodear el prado —dijo dibujando con la punta del látigo el círculo casi perfecto que el Pueblo Viejo formaba alrededor del espacio dejado a la hierba—. Pero ya verás, acortaremos a través del prado. Los carruajes no deben pasar por aquí, pero una cabra no es un ganado, un reservista no es un soldado, Jankel no es un administrador y una brisca no es un carruaje. No tenemos tiempo. Tu tío con sus problemas *a la judía* nos ha hecho retrasar un poco. Te mostraré a la vuelta el Pueblo Viejo; el Nuevo ya lo has visto.

Sobre el prado municipal crecía una hierba baja, tupida, pero manifiestamente sabrosa, ya que los bueyes pacían en ella a base de ávidos lengüetazos, el morro duro, como para

compensar con su aplicación la escasez del crecimiento. Piso-teaban, mordían, daban tirones al tapiz de hierba ruda y resistente, pero con una glotonería templada, a golpe de dientes regulares.

—Sería un campo de fútbol ideal, pero como dehesa... pobre ganado.

—No digas eso, chico: este prado es muy viejo, ha sido pisoteado y apisonado por millones de pezuñas. La hierba no crece a más altura, pero ¡cuán espesa es, cuánta savia tiene! No se verá jamás el más mínimo aflorar de tierra. Date la vuelta: ¿dónde está el rastro de nuestra brisca?

—En efecto: ni el más mínimo rastro.

—Vuestros pastos de montaña son mejores, está claro. Pero este ganado tiene otro temple. Pacea a conciencia hasta las raíces. Ya verás, a la vuelta, cómo se han llenado la panza.

Hacia los extremos, algunos bueyes se movían cada uno por su lado, pero en el centro, la masa compacta de la cabaña se desplazaba como el cuerpo de un animal gigante, dirigido por un cerebro: el animal de cabeza. Si bien Jankel hizo un rodeo para evitar el rebaño, cayeron sobre un pequeño grupo aislado, y Alfred se conmovió, lleno de una singular emoción, viendo al buey, bonachón, confiado, no temiendo ni a Deresch ni al carruaje, que no se separaba de sus verdes bocados, y cedía finalmente ante la fuerza —apartándose por las buenas o por las malas, el cuello retraído—, y que continuó paciando

con un ardor y un recogimiento redoblados. Bella imagen de fervor que hizo revivir, acompañada de unas ganas de reír, en la memoria de Alfred una imagen del todo distinta, todavía reciente: los judíos en plegaria en el salón de prensa del Congreso, que no se dejaban estorbar ni por él ni por tío Stefan...

—Estos bueyes... —empezó a decir; pero se abstuvo de hacer dicha comparación, que habría dolido tanto al tío Welwel como regocijado a Jankel, y, ante su propia sorpresa, terminó la frase con otra consideración, a la cual se entregó al mismo tiempo, manifiestamente sin darse cuenta, por cierto...—: El rebaño es tan grande que, salvo algunos animales, no ven a la vaca que siguen, pero, ¿sienten la necesidad de ello?

—Es como los hombres y sus guías —confirmó Jankel—. Salvo que hay una diferencia en favor de los bueyes. La vaca en la cabeza, como te habrán contado sin duda, se orienta en función de la calidad del prado. Si se le pasara por la cabeza conducir al rebaño hacia la mala hierba, el rebaño no la seguiría. Los hombres, ellos, no sólo pueden ver a su guía sino que lo admiran o lo siguen a cualquier parte, y a menudo perecen por ello...

En la linde del prado, Deresch se inmovilizó como si quisiera decir: «A partir de aquí no se va más lejos; yo no tengo problemas en bajar la pendiente del talud, pero en cuanto a la brisca, no quiero aceptar ninguna responsabilidad». Ésta fue aceptada de inmediato por Jankel:

—Agárrate bien, Alfred. Yendo en brisca se puede dar una vuelta de campana hacia adelante en menos que canta un gallo.

Jankel apretó las riendas acortándolas. Deresch comprendió en seguida lo que se esperaba de él. Tanteando prudentemente el terreno con sus patas delanteras, bajó con paso rígido el talud —en un momento dado la grupa del animal casi parecía estar dentro del coche—, y luego Jankel dejó ir completamente la brida y, después de un breve bandazo, llegaron a un camino transitable, mullido y polvoriento. Deresch lanzó para sí un revigorizante bufido y se dirigió abiertamente al trote entre dos campos negros recientemente labrados.